

La formación conjunta del equipo multifamiliar.

Arroyo Guillamón, R.

Cita:

Arroyo Guillamón, R. (2024). *La formación conjunta del equipo multifamiliar. Jornadas Multiprofesionales de Grupos Multifamiliares. Hospital Universitario de Getafe, Madrid.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/rafael.arroyo.guillamon/35>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pnrs/Fp8>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La formación conjunta del equipo multifamiliar*

Rafael Arroyo Guillamón

La existencia de un trabajo en equipo constituye ya en tanto que tal una estructura de recepción privilegiada para las enfermedades mentales.

Félix Guattari (1976, p.81)

¿Cómo se forma alguien que quiera trabajar con grupos multifamiliares? Hasta hace poco, yo lo pensaba en términos demasiado ideales. Mi razonamiento era el siguiente: si se trata de un tipo de psicoterapia, habrá que formarse como se hace en otros modelos; por ejemplo, el psicoanálisis, que además influyó mucho en el comienzo de estos grupos. Es decir, mediante el estudio teórico (lectura de textos, asistencia a seminarios y cursos, etc.), la puesta en marcha de un grupo (si es posible comentando su evolución con compañerxs que tengan experiencia) y, mejor aún, si se ha asistido como participante. Sin embargo, muchxs colegas que trabajamos con multis no hemos realizado todo este recorrido. Los motivos son variados. En primer lugar, la preferencia de cada unx: no todo el mundo tiene el mismo empeño por estudiar teoría o no le resulta tan útil. Además, no siempre se dispone del tiempo personal o la facilidad en el trabajo para ello. Por último —y sin duda lo más preocupante—, muchxs compañerxs no tienen un sueldo digno que les permita estar pagando cursos o acudiendo a otras ciudades y países para aprender. Me doy cuenta entonces de que, si las anteriores condiciones se convierten en un conjunto rígido de requisitos, algo así como un *pack* que obligatoriamente hay que cumplir, se produce más daño que beneficio.

Por lo tanto, cada unx se forma como puede. Lo cual no significa hacerlo de cualquier manera. Para mí hay algo esencial. Se me ocurría llamarlo el *deseo* del terapeuta, pero creo que es mucho más que eso. Pues no se trata únicamente de tener iniciativa y ganas de poner en marcha un proyecto así, sino también de asumir que, casi con toda seguridad, no tendremos el apoyo que quisiéramos, viéndonos muy solxs; o se nos pondrán numerosas trabas; incluso, ambas cosas. Quizá sería mejor hablar de *disposición* del profesional, porque se trata —como indica la etimología de este término— de ponerse en el lugar conveniente, o

* Jornadas Multiprofesionales de Grupos Multifamiliares. Getafe, 27 de septiembre de 2024.

sea, de estar preparadxs y dispuestxs a afrontar los problemas que puedan surgir. El grupo multifamiliar entonces es un *dispositivo* (ahora esta palabra cobra todo el sentido) muy potente y quienes participamos en él debemos hacer un esfuerzo personal que, en el caso de lxs profesionales, pasa también por estar bien capacitadxs para esta labor.

Pienso que una manera muy estimulante de prepararse es la formación conjunta del equipo multifamiliar. A menudo lo integran personas muy diversxs, tanto en su edad, carácter y costumbres como en su formación y estilo de trabajo. Lo que plantea varios retos: despertar el interés de todo el equipo; encontrar un lenguaje accesible que permita una comunicación eficaz; y construir hipótesis compartidas, acordes al trabajo multifamiliar, sobre las posibles causas, formas de expresión y eventuales remedios para el sufrimiento psíquico. Por nombrar solo algunos.

En los últimos años, he participado en la puesta en marcha de tres grupos multifamiliares. En este tiempo, me he dado cuenta de la importancia de realizar una buena difusión a los compañerxs que no participan, pues muchxs ni siquiera sabían de su existencia. También de que mantener reuniones regulares legitima la actividad y ayuda a la cohesión del equipo, incluso cuando no hay ningún tema relevante que tratar. No es raro que en la espontaneidad del diálogo aparezcan aspectos muy valiosos, tanto organizativos como del compromiso del equipo con la actividad. La última vez, teniendo yo más responsabilidad en la creación del grupo, sugerí a mis compañeras que de vez en cuando leyésemos algún artículo o capítulo de libro y lo comentásemos en nuestras reuniones. Así, hemos trabajado la historia de origen de los grupos multifamiliares, las bases teórico-prácticas y éticas en que se apoyan, y acerca de su aplicación creciente en nuestro medio. Pero no nos hemos limitado solo a este tipo de terapia. Leímos también sobre lxs primerxs autorxs que descubrieron factores familiares en el padecimiento mental y los incorporaron a su tratamiento; sobre cómo surgieron las comunidades terapéuticas y, con ellas, el interés por los asuntos institucionales; y nos adentramos en las experiencias de soledad de las personas con intenso malestar emocional y sus familias. Nos ocupamos, asimismo, de las características de los equipos de trabajo en salud mental. E incluso de cuestiones técnicas, como la función de la coterapia y el papel de los observadores en terapia grupal.

En cualquier caso, no es tan importante si estas lecturas son las más apropiadas para la formación del equipo. No constituyen un fin en sí mismas, sino el medio que nos está permitiendo algo fundamental pero poco frecuente en la salud pública. Por un lado, introducir

una pausa en la rutina diaria, habitualmente de ritmo vertiginoso. Por otro, reflexionar y expresar sobre nuestro *ser-en-la-institución*, no tanto como piezas de su maquinaria, sino como personas que también aman y sufren. Pero, además, impulsar lo común a todxs, lo colectivo, una dimensión que en nuestro ámbito está continuamente amenazada por el funcionamiento individualista, que responde al siguiente imperativo: “cada unx en vuestro despacho/dispositivo, ya que juntxs y mezcladx os podéis desmadrar”. Esta fórmula, sea más o menos explícita, subyace a la alarmante falta de espacios de debate y cuestionamiento genuinos. Y a que las reuniones programadas se dediquen a cumplir la burocracia administrativa o a informar de decisiones ya tomadas. De modo que lo que suele denominarse “trabajo en equipo” responde más bien a una regulación jerárquica de tareas y personas que comparten un mismo espacio.

Se entiende ahora que respetar los momentos de intercambio del equipo multifamiliar (pregrupo, posgrupo, reuniones) tiene una doble finalidad: primero, que los profesionales seamos coherentes con este modelo, puesto que los objetivos de dichas reuniones (tomarse un tiempo para pensar, sentir y hacer comunidad) son también los pilares de estos grupos. Pero, más allá, se trata de convertir lo multifamiliar en una *tecnología de resistencia*, en una *contradisciplina* frente a los excesos *fármacopornográficos* de la psiquiatría mayoritaria. Tomo estas palabras, un poco extravagantes, de Paul Preciado (2019), quien suele inventar neologismos con una finalidad crítica para que funcionen “como un disolvente de los lenguajes normativos y como antídoto de las categorías dominantes (...) una nueva gramática que permita imaginar otra organización social de las formas de vida” (p. 37-38).

Pues bien, esta podría ser una manera de posicionarnos cada día en nuestro trabajo. Aun disponiendo de pocos medios, intentar ir cambiando lentamente, y a menudo con poco éxito, algo del lenguaje y las prácticas de la institución. En mi caso, no invento palabras raras, pero siempre que puedo introduzco algunas poco comunes en mi entorno: “supervisión”, “reunión de equipo”, “transdisciplinar”, “biografía”, “inconsciente”, “subjetividad”, “desvalimiento”, “defensa”, “olvidar el diagnóstico”, “¿qué desea la persona?”; “acompañar”, “grupo”, “trabajo con la familia”, “bajar dosis”, “iatrogenia”, “desatar”, “coerción”, “manicomial”, “cerebrocentrismo”, “patología institucional”... y muchos más, porque a cansino no me gana casi nadie.

Para terminar, me gustaría señalar que el filósofo que he mencionado, Paul Preciado, tiene un texto que se titula *De la filosofía como modo superior de dar por el culo* (Preciado,

2002). El autor destaca la fecundidad y creatividad que hay en lo raro y lo minoritario, lo que difiere de las reglas establecidas; especialmente, en relación a las identidades y prácticas sexuales por fuera de la norma social. Así la homosexualidad y lo anal (al igual que la puta, el extranjero, la persona racializada, otras sexualidades disidentes y por supuesto el loco) no implican nada irreverente, peligroso ni agresivo, sino una alternativa a los discursos de poder. Aquellos que prometen libertad y bienestar, paradójicamente, mediante la vigilancia y el control de los cuerpos y costumbres de la población. Ya no por medios tiránicos o represores, sino trasladando a la salud esa lógica capitalista en la que convertimos en empresarixs de nosotrxs mismos nos llevará al éxito personal.

Quiero pensar entonces que perspectivas como la multifamiliar, que tratan de dar voz a todxs y de promover una colectividad en armonía, son un modo posible de sodomizar esos discursos. Lo cual —insisto— no implica una revolución violenta, sino infiltrarse por los orificios de la institución e inventar formas menos alienantes de realizar nuestro trabajo. Propongo seguir formándonos en esta dirección y a ver qué pasa.

Referencias

Guattari, F. (1976). *Psicoanálisis y transversalidad*. Siglo XXI.

Preciado, B. (2002). De la filosofía como modo superior de dar por el culo: Deleuze y la “homosexualidad molecular”. En *Manifiesto contra-sexual* (pp. 139-155). Ópera prima.

Preciado, P.B. (2019). *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce*. Anagrama.